

LA VIDA: RESPUESTA A OTRO QUE ME LLAMA
Apuntes de la Síntesis de Davide Properi
en la Asamblea internacional de responsables de Comunión y Liberación
La Thuile (AO), 30 de agosto de 2022

Hemos llegado al final de nuestro recorrido. Han sido días bastante intensos, intensos en palabras, en convivencia, en puesta en común, en confrontación sobre nuestra experiencia, sobre lo que tiene que decir nuestra vida de las cosas que se nos proponen. Más que hacer un resumen de lo que ha surgido, quiero extraer algunas conclusiones que sirvan para mirar hacia delante, dándonos cuenta de que – caminando a nuestro paso– vamos por un camino seguro.

1. «El Maestro está aquí y te llama»: asumir la responsabilidad del carisma

El movimiento está vivo –como nos decía don Massimo el sábado por la mañana–. Al final de estos días juntos, podemos percibir como verdaderas, con el asombro agradecido que hemos sentido tantas veces al terminar nuestros encuentros, las palabras de Péguy: «Él está aquí. / Está como el primer día. / Está entre nosotros como el día de su muerte. / Eternamente está entre nosotros igual que el primer día. / Eternamente todos los días. / Está aquí entre nosotros durante todos los días de su eternidad»¹. Lo decía claramente una de vosotros, citando esas palabras, tan sencillas y profundas, de un niño que ya no quería irse al final de las vacaciones comunitarias: «¡Yo aquí!». Yo también quiero quedarme aquí, ya no me quiero ir. ¿Por qué? Muchos lo han dicho de diversas maneras: porque «el Maestro está aquí»².

Pero no solo está aquí. Está aquí y *nos* llama, está aquí y *me* llama, está aquí y *te* llama, llama a cada uno de nosotros. ¿A qué nos llama? Lo hemos dicho y repetido estos días, lo decía Julián en su mensaje, nos lo dijo monseñor Camisasca al principio de su intervención, nos lo repitió ayer monseñor Giuseppe Baturi: el Señor nos llama a asumir la responsabilidad del carisma que nos ha conquistado, a asumirla cada uno personalmente y al mismo tiempo juntos, no solos, en comunión. ¿Pero qué quiere decir asumir esta responsabilidad?

Ayer nos decía monseñor Baturi, de manera clara y precisa, lo que no quiere decir. No significa ante todo tener un cargo, ejercer un poder, ni tampoco cargarse sobre las espaldas quién sabe qué carga – como la carga de Isildur, en la saga de Tolkien–, aunque ciertamente asumir una responsabilidad a veces supone fatiga, implica estar dispuesto a una dedicación que exige fatiga. ¿Qué quiere decir entonces, si no es esto?

La palabra «responsabilidad» deriva del latín *respondeo*: es responsable quien vive la vida como respuesta, como deseo de responder. ¿Responder a qué o, mejor dicho, a Quién? A Otro que me llama, que arriesga por mí, por mi libertad, que misteriosamente apuesta por mí, se fía de mí, me valora, pone en mí su confianza.

Por tanto, creo que para vivir esta responsabilidad con entusiasmo e ímpetu, para asumirla conscientemente, se trata en primer lugar de poner en el centro de nuestra mirada no tanto “lo que” debemos hacer, la lista de tareas –que, como sabemos, enseguida nos cansa y nos ahoga–, sino más bien el Rostro de quien nos llama, ese Cristo que mendiga mi corazón y el tuyo, que tiene sed de mi respuesta y de la tuya, que se sienta sediento junto al pozo de tu libertad y mendiga tu corazón, mendiga un movimiento de tu corazón, como de forma tan sobrecogedoramente poética le dice Jesús a la samaritana en la canción de nuestro querido Anas, que acabamos de cantar juntos: «Si tú supieras cuánto te he esperado, / cuánto he pensado en ti, cuánto te he querido, / si tú supieras en este desierto

¹ Ch. Péguy, «El misterio de la caridad de Juana de Arco», en *Los tres misterios*, Encuentro, Madrid 2008, p. 121.

² Jn 11,28; M.-G. Lepori, *Cristo, vida de la vida*, p. 34.

/ quién ha salido a tu encuentro, cuánta sed llevo dentro // [...] Venías hacia mí sin pensar, con la memoria distraída / pero soy yo quien te pido, te amo hasta pedirte. / Tengo sed, escucha mi voz, sed de ti hasta la cruz»³.

Solo si sentimos dentro esta llamada a la responsabilidad, la voz de Cristo mendigando nuestro corazón, que tiene sed de nuestro corazón hasta la cruz, solo entonces podremos sentir esta llamada no como una tarea que te aplasta, sino al contrario, como un don, como algo que nos inflama y entusiasma. Por eso estamos agradecidos por estos días, que han sido sobre todo esto: la ocasión de que volviera a hacerse evidente, a través de la cara y la voz de tantos testigos, la presencia entre nosotros de este Tú sediento de nuestra respuesta, de nuestro «sí, aquí estoy». De ahí, solo de ahí nace y renace siempre lo que ayer uno de vosotros llamaba «el anhelo de Cristo», el mismo del que habla san Pablo: «Nos apremia el amor de Cristo al considerar que, si uno murió por todos, todos murieron. Y Cristo murió por todos, para que los que viven ya no vivan para sí, sino para el que murió y resucitó por ellos»⁴.

2. Del asombro por la llamada, el anhelo de la misión

¿Cuál es el contenido de este anhelo? También lo decía monseñor Baturi: «Don Giussani observaba que los movimientos “nacieron para la misión de la Iglesia. De hecho, la mayoría surgió en torno al Concilio Vaticano II, que volvió a proponer enérgicamente la naturaleza misionera de la Iglesia, invitando a los cristianos a ‘abatir los bastiones’”⁵. [...] No es casual que entre las palabras más significativas dirigidas al movimiento por los Papas haya algunas que apuntan en esta dirección. Decía Juan Pablo II el 29 de septiembre de 1984: “‘Id por todo el mundo’ (Mt 28,19) es lo que Cristo dijo a sus discípulos. Y yo os repito a vosotros: ‘Id por todo el mundo a llevar la verdad, la belleza y la paz que se encuentran en Cristo Redentor’. Esta invitación que Cristo hizo a todos los suyos, y que Pedro tiene el deber de renovar sin tregua, ha entretejido ya vuestra historia [...]. Hacedos cargo de esta necesidad eclesial: esta es la consigna que os dejo hoy”⁶. Y el papa Francisco, en el encuentro del 7 de marzo de 2015: “Así, centrados en Cristo y en el Evangelio, podéis ser brazos, manos, pies, mente y corazón de una Iglesia ‘en salida’”⁷. [...] En un texto precioso, dice don Giussani: “La misión, la presencia del ímpetu misionero, es indicador de una presencia amorosa”⁸».

Sobre esto me limito a hacer un breve comentario. Como nos testimoniaba ayer –en mi opinión, de manera límpida y también desarmante– nuestro amigo de Caracas (que podemos decir perfectamente que se encuentra ejerciendo su ministerio en condiciones no precisamente cómodas), el ímpetu misionero no solo es indicador de la vitalidad del carisma en nosotros, sino que en cierto modo es lo que lo conserva vivo en nosotros y nos lo hace profundizar, conocer, valorar y amar cada vez más. Por eso damos las gracias a muchos entre nosotros que con su testimonio nos han mostrado en acto justamente esto, suscitando –espero– en todos nosotros una “sana envidia” por lo que se les ha concedido vivir. Pensemos en lo que nos contaba anoche nuestra amiga que está sola en Turquía. «No solo nunca me he sentido sola, sino que ha crecido en mí el afecto al carisma y, en el fondo, a la fe. Ahora me planteo quedarme, a pesar de las dificultades. He sido llamada aquí, no da lo mismo estar que no estar». Es difícil pensar en un ejemplo más nítido sobre lo que significa *asumir la responsabilidad del carisma*: «He sido llamada aquí. El Señor está aquí y me llama».

³ «Se tu sapessi», letra y música de Antonio Anastasio.

⁴ Cf. 2Cor 5,14-15.

⁵ L. Giussani, «Introducción» a *Los movimientos en la misión de la Iglesia. Tres discursos de Juan Pablo II*, supl. a «Litterae Communionis-CL», n. 11/1985, p. 3.

⁶ Juan Pablo II, *Discurso al movimiento de «Comunión y Liberación» en el XXX aniversario de su fundación*, 29 de septiembre de 1984, 4.

⁷ Francisco, *Discurso al movimiento de Comunión y Liberación*, 7 de marzo de 2015.

⁸ L. Giussani, *L'io rinasce in un incontro (1986-1987)*, Bur, Milán 2010, p. 316.

3. El corazón del hombre mendigo de Cristo

¿Cuál es, por tanto, nuestra tarea? La respuesta la habéis dado muchos. Hay una expresión, tal vez la más sintética, que ha salido durante la asamblea. «Sobre todo, se nos ha llamado a mendigar, a mendigar que sea el Espíritu mismo quien cumpla en nosotros Su obra, haciéndonos capaces de responder a la llamada».

Sobre este mendigar, quisiera detallar tres aspectos, yo diría que tres traducciones existenciales, que me parecen especialmente importantes para nosotros en este momento que estamos viviendo.

a) *Un incansable deseo de aprender*

Una realidad viva y deseosa de crecer, de madurar, está por tanto en tensión por corregirse y dejarse corregir. Uno desea dejarse corregir cuanto más afecto tiene a su destino, a la posibilidad de crecer, de hacerse mayor, de llegar a aquello para lo que ha sido hecho. Escribía Pier Paolo Pasolini en *El llanto de la excavadora* (una cita muy bonita, que agradezco a la persona que me la ha sugerido): «Solo amar, solo conocer / cuenta; no haber amado / ni haber conocido. Angustia // vivir un amor ya / consumado. El alma deja de crecer»⁹. Lo primero que hay que mendigar a Cristo es la petición de entender cada vez más, lo que presupone, como escuchamos ayer, una condición fundamental: la conciencia humilde de tener aún que aprender, de no saberlo todo, de estar todavía en camino. «*Si enim comprehendis, non est Deus*»¹⁰, decía san Agustín. Si lo has comprendido todo, no es Dios. No poseemos a Cristo, igual que no poseemos el carisma. Más bien, nos posee. Por ello deseamos seguir aprendiendo, dejándonos incluso poner en cuestión si es necesario. Sobre esto, espero y deseo que custodiemos, a lo largo de todo el año que nos espera, esto que dice san Pablo: «No es que ya lo haya conseguido o que ya sea perfecto: yo lo persigo, a ver si lo alcanzo como yo he sido alcanzado por Cristo. Hermanos, yo no pienso haber conseguido el premio. Solo busco una cosa: olvidándome de lo que queda atrás y lanzándome hacia lo que está por delante, corro hacia la meta, hacia el premio, al cual me llama Dios desde arriba en Cristo Jesús»¹¹.

b) *Seguir para entender*

Uno de los puntos culminantes del mendigar, es decir, de esa pobreza de espíritu que es la virtud del mendigo, es el seguir. Cuántas veces se nos ha dicho, cuántas veces volvió don Giussani sobre este punto, y también es un tema que ha sonado muchas veces estos días entre nosotros. Pero sobre esto os tengo que decir una última palabra, muy sintética: seguir a la autoridad, como hemos aprendido, no es un camino alternativo o en tensión con el del uso del corazón como criterio. Más bien, seguir es lo que permite que el corazón se dilate, que se dilate la razón, cuando y en la medida en que uno verifica en serio la propuesta de la autoridad. Si uno solo siguiera cuando “siente” que es justo o “correspondiente” lo que se le pide, nunca seguiría de verdad, es decir, nunca obedecería de verdad, porque en realidad solo se estaría siguiendo a sí mismo, no a otro. ¿Entonces? Entonces no haría falta la fe, porque la fe ya no sería fe, ya no necesitaría al testigo y Cristo quedaría reducido a nuestra medida. Sin embargo –es precioso retomar aquí (y os invito a hacerlo) los capítulos sobre la obediencia en *¿Se puede vivir así?* y *Si può (veramente?!) vivere così?*¹², donde se explica todo esto muy bien, aunque obviamente no lo cito por brevedad. Es precisamente mediante la obediencia, una obediencia que a veces implica que se rompa nuestra medida, como uno entra en una mentalidad nueva que nace de la pertenencia a Cristo. Estoy hablando de una ruptura que no es –atención– una renuncia a la razón (¡nosotros seguimos a don Giussani, el adalid de la razón!), sino una predisposición para dejar que Otro la ensanche, la dilate, para poder llevarnos hacia un punto de vista nuevo, más verdadero, más profundo, un punto de vista que es el Suyo. La fe –como hemos

⁹ P.P. Pasolini, *El llanto de la excavadora*, 1956, en *Tutte le poesie*, Tomo I, Mondadori, I Meridiani, Milán 2009, p. 833.

¹⁰ San Agustín, *Sermón* 117.3.5.

¹¹ Fil 3,12-14.

¹² L. Giussani, «La obediencia», en *¿Se puede vivir así?*, Encuentro, Madrid 2009, pp. 103ss; L. Giussani, «La obediencia», en *Si può (veramente?!) vivere così?*, Bur, Milán 2011, pp. 212ss.

aprendido— es el cumplimiento de la razón. Don Giussani decía que «la fe es racional, pues florece en el límite extremo de la dinámica racional como una flor de gracia, a la que el hombre se adhiere con su libertad»¹³. En efecto, la cumple superándola, llevándola más allá de sus capacidades. Pensemos en la reacción de Pedro cuando Jesús dice a los discípulos: «Lo que Dios ha unido, que no lo separe el hombre». Pedro reacciona de golpe, y tal vez nosotros con él: «Si esa es la situación del hombre con la mujer, no trae cuenta casarse»¹⁴. La posición de Jesús, ¿corresponde o no al corazón, a las exigencias y evidencias más profundas del corazón? Sí, corresponde. Sin embargo, en ese momento no era fácil para Pedro entenderlo inmediatamente, ¡ni tampoco aceptarlo, por tanto! Ciertamente, la razonabilidad de seguir es fruto de la fascinación de una presencia. Otro episodio del evangelio (todo el evangelio está plagado) es el del lavatorio de pies. «No me lavarás los pies jamás», exclama Pedro; y Jesús: «Si no te lavo, no tienes parte conmigo»¹⁵. Entonces Pedro se deja lavar los pies en virtud de ese afecto. ¡No lo entiende, le parece desproporcionado! Pero también es verdad lo contrario. Seguir, obedecer, no solo es el fruto de entender, porque a veces, sin entender bien, sin entenderlo todo, seguir ayuda a entender, a aclarar y enriquecer la conciencia de lo que corresponde verdaderamente. Lo que cuenta es que el seguimiento no sea ciego, es decir, que no se siga con el corazón apagado. El corazón —como hemos aprendido— es el criterio con el que compararlo todo. Pero, precisamente, para comparar, primero debes dar crédito a una propuesta, debes fiarte, debes dar confianza. Solo así puedes verificar de verdad si la propuesta corresponde, es decir, si te hace crecer o no. Monseñor Santoro hablaba de tradición, es decir, del contenido de una propuesta que no necesariamente te caldea el corazón a la primera.

c) *La unidad es un milagro que hay que pedir*

Quiero terminar invitando a todos a rezar constantemente por el milagro de la unidad de nuestra compañía. Sabemos bien que la verdadera unidad es aquella que —como decíamos ayer— no anula las diferencias, sino que las compone en concorde armonía. La unidad no la hacemos nosotros. De hecho, como mucho solo podemos tender a destruirla, y en ningún caso la hacemos nosotros. Como decimos siempre, para nosotros es imposible realizarla —es una experiencia que todos tenemos, a todos los niveles—. Por eso he usado la palabra «milagro». Sin embargo, se trata de un milagro que no podemos dejar de desear, si bien es cierto que justo de ella hace depender Jesús el esplendor de Su gloria en el mundo. «Os doy un mandamiento nuevo: que os améis unos a otros; como yo os he amado, amaos también unos a otros. En esto [¡en esto!] conocerán todos que sois discípulos míos: si os amáis unos a otros»¹⁶.

Ante este mandamiento de Jesús, tan elevado y conmovedor, nos damos cuenta —si somos sinceros— de que no sabemos obedecer con nuestras fuerzas. Pero podemos —y de hecho debemos— pedirlo, mendigarlo. Alguien se nos ha adelantado, mendigando por nosotros esa unidad que tal vez, en ciertos momentos, nos cuesta incluso pedir. «No solo por ellos ruego, sino también por los que crean en mí por la palabra de ellos, para que todos sean uno, como tú, Padre, en mí, y yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros [una cosa sola], para que el mundo crea que tú me has enviado. Yo les he dado la gloria que tú me diste, para que sean uno, como nosotros somos uno; yo en ellos, y tú en mí, para que sean completamente uno, de modo que el mundo sepa que tú me has enviado y que los has amado a ellos como me has amado a mí»¹⁷.

Permitidme añadir una broma final. Llegados a este punto, quizá esperabais —o alguno esperaba— la respuesta al “cuestionario” final de la primera noche. Dado por aclarado que la función de Pedro no es la de Juan (en esto creo que todos estamos de acuerdo) y que ambos son necesarios y están inseparablemente ligados entre sí para dar cuerpo a la Iglesia, ¿cuál es entonces la función de Pedro, y por tanto la del responsable en el sentido institucional del término, dentro de nuestra compañía?

¹³ L. Giussani, *Dar la vida por la obra de Otro*, a cargo de Julián Carrón, Encuentro, Madrid 2021, p. 89.

¹⁴ Mt 19,10.

¹⁵ Jn 13,8.

¹⁶ Jn 13,34-35.

¹⁷ Jn 17,20-23.

Muchos me lo han preguntado. ¿Cuáles son los criterios para reconocerlo y elegirlo? En mi opinión, son preguntas importantes. Estos días hemos visto algunos criterios, algunas características que ayudan en este sentido. Sin lugar a dudas, el afecto y la entrega al movimiento, el equilibrio, la prudencia en el discernimiento a la hora de tomar decisiones, la madurez afectiva, la caridad y la capacidad de atención, de escucha, la capacidad de valorar a los demás, la capacidad de relacionarse, etcétera. Esto significa que no debemos limitarnos (lo hemos dicho muchas veces) a identificar quién es la persona más carismática entre nosotros, siguiendo esto como único criterio para reconocer y elegir al responsable. Aquí se abre todo un orden nuevo de reflexiones que hay que preparar para poder alcanzar la conciencia necesaria para hacer unas elecciones libres y responsables, como tantas veces nos ha solicitado el cardenal Farrell en sus cartas. Pero no hay que tener prisa, porque volveremos a retomarlo.